

La universidad y lo trascendente

En nuestra sociedad se hace cada vez más difícil moldear al ciudadano para que practique los valores; no sólo para que sepa lo que son, sino para que los incorpore a su propia vida. La falta de creencias y buenas costumbres, lo impiden.

Bajo el disfraz de una liberación mal entendida, es fácil abandonarse a la vulgaridad ética en vez de aspirar a un ejercicio más elevado de la libertad. Frente a ello se intentan remedios que van desde la Educación para la Ciudadanía, pasando por la proliferación de leyes, hasta la extensión del Código Penal.

Sin embargo, más sencillo, eficaz y al alcance de todos está el dar ejemplo, cada uno desde su sitio, también –y principalmente- desde los cargos públicos.

A mi modo de ver la salud social depende de dos fundamentos: Primero, de las convicciones básicas de cada uno. ¿Son verdaderas, profundas y universales o dependen –como predica el relativismo- de las opiniones, que cada uno tenga sobre la realidad?

El pluralismo, -es decir, ver la realidad desde distintos ángulos- es sano y conveniente, siempre que se respete esa realidad. “Muchos ojos ven más que dos”, dice el refrán. Apuntar a la verdad “desde las cuatro esquinas” aumenta las posibilidades de acertar. El relativismo, al contrario, pulveriza la noción de verdad, al confundirla con la opinión.

Segundo, dependerá, de cómo dividamos el trabajo para profundizar. Para que la sociedad se desarrolle con valores, primero cada uno ha de profundizar en su área, sin perder la perspectiva del conjunto.

Organizar bien el trabajo lleva consigo valorar las instituciones que nos representan. Entre ellas la Universidad tiene una importante función que cumplir. Ahora bien, ¿Está la Universidad en condiciones de resolver el problema de las convicciones básicas? Pareciera que no, pues hemos permitido que se politice con todas las consecuencias negativas que ello trae consigo. No existe un conocimiento verdadero pues cada uno tiene el suyo.

Hay que cuidar a la Universidad para que pueda dar a la sociedad civil las convicciones y las herramientas intelectuales necesarias para que lo que desde allí se construya –las soluciones concretas-, redunden en felicidad para las personas. No está el hombre al servicio de la sociedad, sino la sociedad al servicio del hombre.

Sólo así podrá la Universidad inyectar la necesaria dosis de convicciones, sin las cuales la organización del trabajo perdería su razón de ser. El universitario está capacitado para actuar con ética y responsabilidad; es capaz de ampliar su radio de intereses para hacer asequible el futuro. Nunca puede ser un “intelectual en estado puro” desconectado de la vida. El mal entendido pluralismo de la sociedad occidental se ha convertido en lo que no debería ser: un fraccionamiento, un astillamiento que aísla de los demás conocimientos y hace imposible el diálogo.

Esta pseudoautonomía coloca a la humanidad en un disparadero sin futuro. Es una autonomía ineficaz pues polariza nuestra atención hacia lo inconsistente: el éxito, la ambición de tener siempre más y no de ser más, que es lo que verdaderamente enriquece.

La falta de convicciones comunes y el desánimo que produce la creencia de que es imposible conquistarlas, nos hace caer en una ética gris, inconcreta, incolora e insípida, porque no tiene parámetros de referencia. Decía Ortega: “La universidad, cosa triste, inerte, opaca, casi sin vida”.

Vistas así las cosas, se descuida el trabajo bien hecho, también la ilusión de producir. Más aún, disminuyen las ganas de vivir, al no tener claro hacia dónde debemos ir al que dirigirnos. Se emprenden así actividades ineficaces por carecer de fundamento.

La ausencia de valores humanos nos hace entender mal la ética. La unidad de criterios se pretende alcanzar a través de pactos o consensos, sin tener en cuenta que la mayoría puede equivocarse. Además es un consenso desmedulado porque está basado en los intereses muchas veces egoístas de cada uno.

En la línea del fraccionamiento que señalábamos antes, otro peligro se presenta en el horizonte del saber: el cientificismo o la hipertrofia de la ciencia. Pensar que la ciencia tiene respuestas para todo. Una de las limitaciones de la ciencia es su propio método, que solo nos permite conocer el aspecto material de la realidad.

La falsa ciencia o la corriente que la apoya el Positivismo, nos hace perder la perspectiva al eludir o negar fenómenos, que al no ser demostrables con el método científico, no dejan de ser verdaderos. El conocimiento científico es conjetural y en ningún caso omniabarcante.

Las ciencias experimentales como instrumento en manos del hombre, no bastan por sí solas, sino que deben ser dirigidas hacia unos fines determinados y puestas en relación con la esfera de los valores.

Es decir, la ciencia como exponente máximo de la racionalidad, no es el único camino para obtener verdades ya que no siempre alcanza con certeza la verdad.

Hoy se entiende como ético lo normativo. Es la herencia triste del racionalismo moderno. Sin embargo la ética tiene tres dimensiones interconectadas: el perfeccionamiento del ser humano (las virtudes), su valor como norma, y su relación con lo bueno, entendido como lo conveniente a cada naturaleza.

Se puede hablar entonces de una ética de normas, de bienes y de virtudes. Una ética solo de normas no es completa; tampoco lo es una ética solo de bienes o solo de virtudes.

Hace falta que estas tres dimensiones estén presentes y que cada una juegue a favor de las demás. Que se refuercen mutuamente. Sin virtudes los bienes se vuelven triviales, les falta peso.

Sin virtudes las normas no se cumplen éticamente; aparece entonces la normatividad jurídica que intenta sustituirla. A su vez una virtud sin bienes es inútil y unas virtudes sin normas, se quedan en el interior del individuo, porque no tienen una aplicación práctica.

Finalmente, no podemos dejar de considerar la libertad. El modo como actúa el hombre. Pero la libertad no es un valor absoluto al cual debemos supeditar todo. Es un instrumento, -esencial por supuesto-, pero que nada vale si no está orientado hacia la verdad y el bien.

Para un hombre sin libertad no hay bien posible. Ni valores en sí, -de esos que valen por sí mismos- ni amor, entendido como unión y correspondencia entre las personas. La libertad es un bien, claro que sí, pero es un bien incompleto, que hay que atornillar con el bien obrar y la verdad, -ya lo dijimos- para que plenifique al sujeto que la ejerce.

Si vivimos los parámetros hasta aquí enunciados, la convivencia será algo muy distinto a lo que estamos acostumbrados a ver. La coexistencia de las personas, emblemática con la libertad, hará posible que nos podamos mirar de frente, y que juntos construyamos el país.

Si nos anclamos en una antropología trascendente, nos daremos cuenta de que la persona no puede vivir sola. Necesita de otros para realizarse, para darse en una generosa entrega a los demás. La libertad amplía el sentido don al de la creación y nos permite aceptar nuestra limitada condición de criatura.

Podemos concluir entonces que la libertad es un bien indispensable y trascendente porque es nativa, tiene su origen en la persona y está más allá de lo captable por los sentidos. Es una prerrogativa humana que nos convierte en optimistas, pues a pesar de las naturales limitaciones, podemos apuntar a la excelencia: es la gran tarea universitaria.

Marisol García de Yéguez
Co-editora Salus